



Cruz del Sur



*Rey de Fronteras
Lima/Caracas
Daniel Lofredo
(2008)*

Si el Marqués hubiera querido desalentar realmente al viajero lo habría logrado describiendo con sobriedad algún incidente que de tan envuelto en silencio ya es invisible. Candidatos al Reino de las incurrencias, los insucesos y la antimateria.

El viajero es un ciudadano legal y documentado. Es una persona real. Tiene nombres y apellidos como cualquiera. De hecho tiene más nombres y apellidos que el común de los mortales, por ser fruto de generaciones de expertos en el desplazamiento estimulado por desaciertos en el momento y el sitio: cosechas trucas, persecuciones, despojos, paleodiscrepancias, deudas desnudas y opiniones desafinadas; temblores inadvertidos levantan tsunamis de megamudanzas hacia costas erradas, atrofas de lengua por ahorcamiento con cuerdas vocales, idólatras adopciones de tambores y crucifijos, sincréticas quimeras gastronómicas, tarántulas tecleando bandoneón con el cangrejo violinista; oficios impensables, sacerdotisas colchoneras, sastres sinfónicos amenizando remates... Así se coleccionan cédulas y pasaportes como si fueran cromos adhesivos de los astros del balompié.

En este cruce será un neoyorquino nieto de griego con siciliana conversa, afincado por el azar en una perla pulida por el viento del Mar del Sur. Técnico en suelos y geomembranas. Jubilado. Viudo. Aficionado a la fotografía. Viajero incurable. De poco equipaje. Con cámara y sin celular. Guía turística desactualizada y ningún familiar conocido que pudiera dar por referencia. En caso de emergencia, contactar un número que resulta ser un despachador de taxis en Silver Springs, Maryland.

Para nosotros será Aparicio Retaguardia. Aparicio porque así figura en una partida de nacimiento, y Retaguardia porque cuando viaja con otros es siempre el último —y a veces el único— en llegar al destino.

Los que cuidan el acceso y el estacionamiento lo dirigen hacia una esquina del fondo donde tramitan cruces desde dos tráileres de aluminio blanco con aire acondicionado y los vidrios de cada puerta y ventana oscurecidos por una película azul naranja, que oculta el interior y resalta sin duda lo que hacen afuera los que esperan ser admitidos.

El Reta, con los documentos en mano, se pone al final de la fila de la primera gestión. Ante esa oficina lateral sólo esperan hombres. No son muchos. Unos manejan camionetas de carrera liviana que cruzan a recoger algo de valor que pueda pasar



"Carta de la Provincia de Quito, 1750. Obra Póstuma de Don Pedro Vicente Maldonado. Basado en las propias demarcaciones del difunto Autor, y en las observaciones Astronómicas y Geográficas de la Academia Real de Ciencias de París, las Guardias de Mar de Cádiz y los Misioneros de Maynas."



"Guárdate de hacer alianza con los moradores de la tierra donde has de entrar. Derriba sus altares, quiebra sus estatuas y destruye sus imágenes. No te inclines ante ningún otro dios pues el nombre de Yahvé es Celoso y Dios Celoso es." Exodo 34:10

de regreso sin declaración entre un poco de ropa en liquidación y zapatos deportivos mantenidos en pareja con un nudo en los cordones. Dos son taxistas y van a buscar pasajeras de fin de semana que quieran estar esa noche en la capital.

Desentona una pareja cansada: canas sin tinte, traje gastado gris verdoso, corbata gruesa y floja, cuello sudado desabrochado, puntas largas acortan el torso y el hombro; ella lleva calzado de taco ancho, gastado y zurcido por fuera, las medias opacas color piel terminan debajo de la rodilla, y lleva una cartera que es casi una bolsa marinera. Podrían ser maestros rurales de algún pueblo chico. Al Reta se le ocurre que los salarios deben llegarles siempre con atraso. Quizá quieren cruzar para ir a un entierro. Aunque no están de luto. Las familias de frontera suelen tener parientes en ambos lados. En todas partes es así.

Dos motos cargadas y con la cáscara de polvo de mucha ruta y poca pausa van frente al Pan de Yuca y no se detienen. Son grandes y pesadas: KTM 990, BM 1200; valijas originales boutique, GPS. Ruterros cinco estrellas. Se acomodan junto a la Africana y desmontan. Están apurados. Hablan entre sí para que los de la fila los escuchen. Por los pasaportes y el acento, el Reta los pone en el MERCOSUR: uno de San Pablo y el otro porteño y aficionado al golf, según una calcolomanía con pali-

tos cruzados como para picar sushi. El Reta saluda y extiende la mano. El paulista responde sin quitarse los guantes de Kevlar reforzado. El otro sonríe al anciano pero ya está pensando en cuántas horas harán hasta un club más allá de la segunda franja de ruinas.

Para hacer conversación, el Reta piropea sin ironía los cien mil euros de moto en que se desplazan. ¿Cuándo salieron? El que quiere mate mira un reloj que debe servir hasta para cocinar una tortilla de huevos y dice: cuatro días y diez horas. ¿Desde dónde...? Punta del Este... ¡A la mierda! ¿Por tierra? Ambos miran al Reta dudando si es lento por la edad o sólo se hace para encontrarles el punto blando.

La cola avanza. La pareja de maestros entra por un lado. Los taxistas miran las motos recién llegadas con mezcla de admiración, envidia y rechazo. Valen más que un taxi cero kilómetros, dice uno. Y más de un pasajero no llevan. El paulista y el porteño-barrio-norte se la ven venir y hablan de una parada de mantenimiento en la capital. Están ansiosos por seguir el viaje, como si cosas urgentes requirieran su presencia en el punto final de una vuelta cronometrada. Quizá necesitan un baño. Cagar. Mear. Sucede hasta con los grandes de la soya.

¿Hasta dónde van? Hacemos la vuelta completa. ¿Toda la vuelta? Sí. Hoy Cartagena. Mañana Caracas. Boa Vista a Manaos. A Río por aire, y una semana al Obelisco. El Reta no puede imaginar el disparate. ¡Fantástico! dice. Qué velocidad... ¡Todo el continente en quince días! Catorce, aclara el golfista. Bolívar envidiaría si supiera, ¿no? Llegan a la puerta oscurificada. Pasen, muchachos, dice el Reta. Ustedes van contra reloj y yo no tengo apuro. No se hacen rogar. Aceptan. El vidrio oscuro se aparta y entran. Miráme vos la beéme y la kateéme. Al lado de los misiles, la Africana parece una Vespa, hasta medio se inclina de lado para no llamar la atención. Es tímida, la Africana.



Todo el que cruza el Portal debe pasar un tiempo indefinido en el Espacio de Gestión, donde todo el año es Halloween: disfraces pálidos, olor a miedo y aspirador de recuerdos. Los que atienden facilitan o controlan el flujo en ese cuello de botella

del desplazamiento en fuga y tienen un sentido agudo para detectar los buscados indeseables.

Son profesionales de frontera caliente. Son eficaces y hasta cariñosos en el trato inicial. Se parecen un poco a los perros que trotan entre maletas alineadas en el pavimento a cuatro pasos de los buses en que llegaron. A paso vivo, los perros y el oficial pasan inventario de contenidos con el entusiasmo emulable que los caracteriza. El perro se interesa por una maleta y luego la descarta, o se detiene e insiste. Raspa con una pata el costado y hunde el hocico en las cremalleras de los bolsillos. Ocasionalmente empuja el bulto con la trompa y lo voltea para olfatear mejor el fondo que puede ser doble. Si pone la pata encima y tiene la lengua afuera, en feliz anticipación del dulce juego de amor y obediencia que lo tiene tan encendido, es que ha encontrado algo.



*Cruzando el Portal de las Estrellas
Daniel Lofredo
(2009)*

El responsable del equipaje sazonado es el que intentaba ignorar la revisión canina mirando hacia cualquier lado, estirando las piernas o bostezando como si recién despertara. Porte o no porte es a cara o cruz. Ya sabe qué tendrá que decir y qué tendrá que callar. No hay escape ni violencia. Una vez visto, el suceso deja de haber sido. Brotan indagaciones laterales. Después se revisarán todos los videos para ver las reacciones de los presentes alrededor del bus. El control. La pareja. La campana. Sus propios agentes de civil...

Se consume el ímpetu hacia el cruce de chóferes y pasajeros. Es como si en una partida de billar se derramara un pocillo de melaza sobre la felpa y las bolas sólidas se volvieran albóndigas.

Los primeros en salir por las puertas traseras de los tráileres son los chóferes conocidos. La pareja y los cinco estrellas pasan, por dentro, hacia otros cubículos, a llenar formularios, quizá más detallados o contestar por separado otras curiosidades que resalten síntomas y definan el diagnóstico.



*Under Surveillance:
All Public and
Private Rest Rooms
and Michelle's
Puppy Dog
G. Lofredo (2009)*

Cuando lo hacen ingresar al espacio con aire acondicionado y protección UV, el Reta siente que a él ya lo están revisando desde que conversaba con el Marqués de la Yuca. Sonría, le estamos filmando por su seguridad. Las cámaras son diminutas y abundan. Hay máquinas de escaneo y fotocopiadoras. Cada funcionario tiene su teclado y pantalla de ordenador. Cada cual se identifica por el uniforme con la institución que legítimamente supervisa el tránsito de personas y mercancías.

Todas tienen derecho y obligación de participar en la gestión. Aduana, Migración, Seguridad, Hacienda, Sanidad, Narcóticos, Defensores del Pueblo, Agricultura y Ganadería. Cada cual con su sigla. La mayoría desconocidas para el viajero. Otras, hechas famosas por los titulares y las películas de Tom Clancey. DAS, DEA, SRI, SFC, y otros acrónimos que pueden cobijar en su inocencia a cualquiera de los aspiradores de inteligencia que cada Estado cobija en el Espacio climatizado de la Zona de Gestión.

Las preguntas son de rutina para el turista caminero. El Reta contesta sin pausa ni apuro, manteniendo su sonrisa navideña. El hombre sabe de motos y modelos. En temporada alta, deben pasar muchos por allí cada día. Al Reta se le ocurre que deben ser cientos los empleados que laboran uniformados o de civil para alguna de las agencias de la sopa de letras. Cada cual con su misión y enfoque sobre la minucia del flujo que atraviesa el Portal cada día, incluyendo Noche Buena, Fin de Año, Carnaval, Pascuas de Resurrección, Finados, Independencia y Natalicio del Libertador. En realidad nadie sabe las preguntas de quién está contestando: el uniforme puede indicar dedicación a la Sanidad Vegetal y el oficial aficionado al motociclismo puede estar aspirando datos para el ordenador central de Inteligencia de la Federación Intergaláctica de Quinta Generación, con la bisnieta del Capitán Kirk comandando el USS Enterprise, compartiendo camarote con su amante Vulcana de impecable figura y labios de imbatible lógica.

El Portal de las Estrellas no es un cruce cualquiera. Se comporta con inteligencia. Los que allí trabajan no parecen depender de coimas ni propinas. Las aceptan e incluso las sugieren, pero sin convicción. Están en cosas distintas y mayores. A cada cual lo suyo. Son ágiles de vista y alertas de espíritu. Son parte de la aspiradora como los teclados, las videocámaras, los micrófonos, los canes olfativos, radiólogos de vehículos, los antropólogos y los forenses de la medicina. Son especialistas en perfiles humanos: datos de contexto, ropa, maquillaje, perfumes y conductas digestivas. Se especializan en el trozo de humanidad que huye, que quiere salir, que no puede seguir del lado más inflamado del Portal. La decena de miles que cada semana se alejan de sí mismos y saltan hacia otro vacío, donde creen que los dejarán respirar y no les quitarán ya más de lo que les queda, que suele ser lo que cargan y los hijos, y a veces ni siquiera un nombre propio, porque por merecimiento, asociación o azar se ha vuelto para el portador una orden de liquidación.

Esta ambientación proyectada en los telones de fondo del escenario por el que transita el viajero es conocida o intuida por todos los que por allí circulan. Es tan conocida que nadie pierde tiempo hablando del tema. Es menos digna de mención que el estado del tiempo en la carretera y el precio del peso contra el dólar y el euro. Y para quienes, como nosotros, no la conociéramos o se nos hubiera olvidado de tan ocupados que andamos

últimamente, el productor pidió que monten esas retro proyecciones con algo de BajoFondo con los Mejores Vallenatos del Año en la banda de sonido.

Los que se dejan guiar por el instinto de fuga y se juegan el todo por el todo, para salir se alimentan del empuje natural de alejar a la descendencia, padres, niños y uno mismo del peligro que reposa en la dulzura de cada chupete y en la húmeda penumbra debajo de cada baldosa suelta o mal acomodada en las calles vacías de los pueblos y barrios de toda su vida; de sacar cosechas de abundancia en yipaos o a lomo de burro pasarán ahora a ponerse en las filas del reparto de caridad de unas siglas más de la lista: ACNUR, PMA/WFP, USAID, Caritas, LWR, IRC, SPCA, sobre todo esta última, la más confiable: Society for the Prevention of Cruelty to Animals, una organización sin fines de lucro con sede en una ciudad importante de los Estados Unidos, y sucursales por todas partes donde los mamíferos sean maltratados.

Los que huyen de una incertidumbre a la siguiente no necesitan súper motos austriacas ni alemanas ni africanas para arriesgar el pellejo en el paseo. Los verdaderos finalistas del campeonato de deportes extremos de aventura son los que se bajan del bus para que les sellen un papel de paso. Son personajes universales. Los miles de actores anónimos, dobles y extras que merecen en realidad los premios de festivales y academias a los mejores actores de reparto. Cada cual es actor de reparto de la producción del prójimo, y de la película grande, la que nunca se termina, porque pretende serlo todo y eso nunca cabe en ningún lado.

Los datos que ingresan durante el trámite de paso de Aparicio Retaguardia se agregarán a los que, con los años, acumula con cada viaje, cada percance trivial y cada enredo inusual o sospechoso. En este cruce del Portal el viajero es un motociclista más que insiste en ir hacia donde mucha de la gente desea escapar y no regresar jamás.

Hasta que no se demuestre lo contrario, el Reta será otro ingenuo turista en motocicleta, que se cree un duro de la aventura y que si sobrevive a sus vacaciones será precisamente por su irrelevancia, por su ignorancia del riesgo que corre, de las calamidades que ocurren a su paso, de su incapacidad para intuir la cercanía de los muertos, por la torpeza que le evita pregun-

tarse quién es quién, de quién distanciarse y con quién conversar sin tapujos y dormir tranquilo. Y ahora pasemos al chaleco.

Hay un requerimiento particular de las autoridades de seguridad del país anfitrión para todos los que transitan en moto, sean nacionales o extranjeros: todo motociclista debe llevar puesto sobre sus ropas un chaleco con las letras y números de la placa de su moto claramente visibles a la espalda. Se lo explica a cada visitante, con mucha cordialidad, el oficial de la Policía de Tránsito que le sella los papeles con el último visto bueno para el cruce. Lo dice con una agradable simpatía, como

si conociera por experiencia propia el narcisismo que caracteriza a todo amante del motociclismo. Ellos saben que todos los de la subespecie del viajero de aventura son, con rarísimas excepciones, totalmente inofensivos. También deberá, el viajero, obtener su seguro contra accidentes y su seguro médico. Cuando salga de la Zona de Gestión, pasando el Portal y del otro lado de los Tres Puentes, a su derecha, encontrará a quien le confeccionará su chaleco personal. Se llama Eugenio. Algunos le temen, ellos le dicen Cicuta, y los que lo respetan lo llaman por su nombre, que es Caridad. Así se llama. Caridad José de los Santos. Y a la perra que siempre lo acompaña se le dice Bella. No bromee con los nombres. Sobre todo no se meta con la perra.



En la Mesada se enfrentan las fuerzas del Bien y del Mal. Si hay empate van a Penales.

¿Para qué lo del chaleco? Hay que preguntar y escuchar sin apuro. El que pregunta intuye las respuestas pero hay que oír las. Se trata de control. ¿Control de qué? Se ilustrará el tema cuando el Reta se cruce con la primera moto policial con pareja armada encima. Si le indicaran detenerse obedecería sin titubeos. Levantaría la mica del casco para mostrar su cara inofensiva. Buscaría espacio a la derecha y empezaría a frenar con suavidad sin dudarle un instante. Inspiran prudencia. Vestir el chaleco como indica el reglamento es parte de esa prudencia.

Si pasa alguna cosa, ni Dios lo permita, facilita identificar los cuerpos... Y en todo caso para qué, si ya no importa. Bueno, y otros antecedentes por el estilo que explicarían lo del chaleco. Lo único que faltaría es que obligaran a pegar una foto de



Teteros Fronterizos
Zona de Gestión
Van Doren (2009)

frente y de perfil del portador para que ingresara en los bancos de datos de las Agencias Encargadas. Ese también, sin duda, es otro detalle que puede postularse, lecturas satelitales, pero tampoco... mucha pendejada.

En todo caso, al chaleco hay que asumirlo y dejar de pensar en ello. Está ahí, en tu espalda, y dice que vos sos el que maneja la P-21534. De alguna manera eso tranquiliza a cierta gente, a mucha gente de hecho, como el cartel gigante a la salida de Ipiales: "Viaje tranquilo, su ejército está en la vía". O el otro, con las fotos de media docena de comandantes guerrilleros: "Estos terroristas hacen daño al país. Denúncielos".

Las motos cinco estrellas se adelantan y atraviesan la membrana del Portal. La Africana recupera su posición erguida y está limpia como una señorita en fiesta de quince. Alguien la lavó. Es un gamín que no tiene diez y parece portar dos décadas de lo que la vida ofrece y exige. El guri mira Al Reta acercarse a la Africana y acariciarla. Se mantiene a unos cinco pasos, como por discreción, para no interrumpir la franela y apreciar mejor su trabajo realizado. A su lado tiene un balde de caucho gris con agua limpia y un cepillo de cerda gruesa. Sobre el hombro izquierdo lleva el trapo toalla bien estrujado con que dejó a la Africana fresca y al veterano contento.

Mi amigo el taxista me dijo que usted es Papá Noel y que está visitando proveedores para contratar la mercadería del reparto de diciembre. Yo nunca lo conocí a usted. En mi casa no hay chimenea. Así que no sé. Dígame la verdad. ¿Es o no es? Al Reta la seriedad del muchacho lo coge por sorpresa.

Lo mira con más atención y se da cuenta de que es realmente un niño. Es mucho menor de lo que creyó en el primer vistazo. No pasa de seis, máximo siete. La pregunta es en serio. Cuando habla no le quita la mirada de los ojos. El Reta lo piensa y luego dice, primero te voy a decir una verdad de la que no podés tener la menor duda: nadie nunca, jamás, en todos los años que andamos juntos con mi Africana, la había lavado con tanto cariño y atención al detalle como lo hiciste vos. Ella asiente en silencio. El pibe se infla de orgullo y cambia de hombro el trapo toalla.

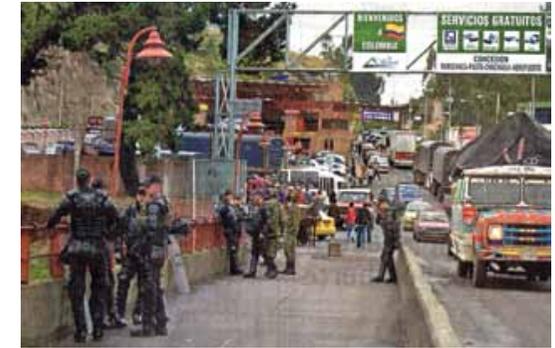
Pero lo de si es o no es San Claus, ¿qué me contesta? La verdad. Mire que yo sé cuando la gente engaña... Si esto con-

tinúa, el Reta terminará soltando un lagrimón y milagritos como Sandrini hace medio siglo. Con tanta gente vaciada y sin rumbo buscando salir, el Reta se llevaría al pibe en el trineo hasta la escuela de artesanos del juguete de las advinanzas que tiene camuflada en las nieves del monte Vinson, rumbo al Polo Sur.

Te voy a decir la pura verdad:

sí soy quien vos crees. Pero chitos y callados porque estoy oficialmente de vacaciones y en una misión que hay que guardar en secreto. ¿Entendés? El muchacho lo analiza con una expresión de seriedad que no toleraría bromas. ¿Qué misión secreta? El Reta mira alrededor como para cerciorarse de que nadie les estuviera escuchando. Lo que pasa, joven amigo, es que nos llegan cartas de estas partes que piden cosas difíciles de fabricar... ¿Ah, sí? ¿Qué cosas? De aquél lado yo le consigo quien le fabrique lo que le de la gana, lo que le pidan... Son cuestiones difíciles. Los chicos me piden que los haga dormir tranquilos... Que haga callar las explosiones. Que haga desaparecer los aviones matatodo. Los chicos quieren quedarse donde sus abuelitos tienen la casa y la tierra. Donde están sus amigos. No quieren seguir escapando de corridas a escondidas, de un sitio al siguiente. No quieren más que les den fierros, cuchillos y plomo e ir a matar y hacerse matar. Una cosa es el juego y otras las que les mandan hacer. No quieren más camuflaje, ni pintarse la cara, ni pistoletearse.

¿Sabes qué quieren? Quieren encontrar su familia, una tía que les leía cuentos y era maestra, una abuelita con pocos dientes. Quieren poder saltar a un río que no les quite la piel. Nosotros no sabemos cómo hacer que pasen esas cosas... No tenemos... el know how, eso: no tenemos el know how. Necesitamos la ayuda de ustedes. ¿Me entiendes? Por eso estoy en misión especial y voy a hacer todo lo que pueda. Se acerca al muchacho, que parece a la vez más niño y más adulto después de escuchar el discurso explicación del viejo de la moto que le pasa el brazo por los hombros y trata de hacerle sentir que su sueño senil, llorón y sin rumbo es algo serio y necesario.



Rumichaca por la
Tarde.
Liliana Mugliza (2009)

Santa está resfriado, dice, y saca del bolsillo un pañuelo grande y un tanto percutido y se suena la nariz con un estrépito tal que el muchacho da un salto y se pone a reír a carcajadas. El Reta se acomoda en la moto, mete media cabeza en el casco, calza los guantes y arranca. El pibe lo mira mezclarse con el tráfico y sigue curioso y contento. ¿Me crees? Más o menos, pero sí. Bastante le creo. Veremos si se cumple.

Una camioneta se detiene junto al pibe que lava a los que llegan sucios del lado de la niebla. Una señora de aspecto más pudiente que la mayoría de los que ingresan, pregunta: ¿A cuánto esas plantas? ¿Cuáles? El muchacho mira a su lado, donde sólo estaba su balde de caucho, y encuentra, además, tres macetas de barro cocido con firuletes de colores y en ellas unas

El Espectador

Bogotá, mayo 14, 2008

La población desplazada en Colombia por la violencia alcanzó en 2008 los 4,3 millones de personas, lo que consolida al país suramericano como el segundo del mundo con más refugiados internos, sólo superado por Sudán, con 4,9 millones.

El documento elaborado por el Centro de Control de Desplazamientos Internos (IDMC, por su sigla en inglés) señala que unos 300.000 colombianos se agregaron a finales del año pasado a las lista de los desplazados por la violencia que sufre el país desde hace medio siglo.

El IDMC, dependiente del Consejo Noruego de Refugiados, presentó hoy el informe en un acto en Nueva York en el que estuvieron presentes el máximo responsable de la ONU para los Refugiados, Antonio Guterres, y el subsecretario general de Naciones Unidas para Asuntos Humanitarios, John Holmes.

En el documento se recuerda que Colombia es el único país latinoamericano con un conflicto a gran escala que sigue causando un alto índice de desplazamientos internos.

De hecho, el IDMC atribuye al conflicto colombiano el aumento de 7 por ciento en el número de refugiados internos de la región el año pasado.

Los desplazados internos colombianos, que representan 9,3 por ciento de la población nacio-



nal, suelen ser residentes de áreas rurales que huyen de la violencia protagonizada por las guerrillas y las nuevas encarnaciones de los grupos paramilitares, según el IDMC.

En lugar de concentrarse en campos, se dispersan en zonas urbanas pobres y reciben un apoyo institucional inicial, aunque posteriormente se ven obligados a sobrevivir sin mucha ayuda del Gobierno o de las agencias internacionales, afirma esa entidad.

A ello se agrega que en 46 por ciento de los casos, las familias colombianas desplazadas solamente cuentan con la madre, debido a que el padre ha sido asesinado o está desaparecido.

Los menores de 18 años, que representan 36 por ciento de la población desplazada, tienen mayores posibilidades de ser víctimas del reclutamiento forzoso que llevan a cabo los diferentes grupos armados.

orquídeas vigorosas, que antes solo había visto en el monte, bien prendidas a la corteza de un tronco recostado en la tierra negra y con olor a familia. ¿Cuál le gusta? Las tres, dice la mujer. El muchacho mira al Reta que parece susurrar “cien” con un gesto que dice que para rebajar hay tiempo. El muchacho repite la cifra dispuesto a regatear sin resistencia. Toma, dice la mujer. Acomódalas atrás, que no se vuelquen.

El Reta arranca. El pibe se monta al balde de la camioneta y le hace un guiño al viejo, que se pierde en la niebla que desdibuja el puente y desaparece por el centro de la membrana acuosa del Portal de las Estrellas.

“...En aquel imperio, el Arte de la Cartografía logró tal Perfección que el mapa de una sola Provincia ocupaba toda una Ciudad y el mapa del Imperio toda una Provincia. Con el tiempo esos Mapas Desmesurados no satisficieron y los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él. Menos Adictas al estudio de la Cartografía, las Generaciones Siguientes entendieron que ese dilatado Mapa era Inútil y no sin Impiedad lo entregaron a las Inclemencias del Sol y de los Inviernos. En los desiertos del Oeste perduran despedazadas Ruinas del Mapa, habitadas por Animales y por Mendigos; en todo el País no hay otra reliquia de las Disciplinas Geográficas”.

Del rigor en la ciencia - El hacedor
Jorge Luis Borges



1772 Map of South America based on the Voyage of Don George Juan and Don Antonio de Ulloa, both Captains of the Spanish Navy and by Command of the King of Spain. Fellows of the Royal Society of London; Members of the Royal Academy of Paris, &c. &c.